Categoría A

LA HISTORIA QUE ME CAMBIÓ LA VIDA

La Pantera

Me presento: soy Mike, y la historia que os voy a contar comenzó justo el día en el que nos íbamos de viaje a Arizona, con el instituto. Yo no tenía ganas de ir, pero mis padres me obligaron porque decían que tenía que socializar.

Cuando nos mudamos de Texasa Los Ángeles, California, me cambié de instituto y perdí a todos mis amigos. Nunca volví a hacer nuevas amistades, al contrario, la gente solo se burlaba de mí. Yo no estaba de acuerdo con mis padres, pero tampoco perdía nada por ir al viaje. Cuando llegó el día, estaba muy nervioso. Tenía muy claro que el viaje sería terrible, pero finalmente no fue tan mal. En el autobús conocí a un chico nuevo llamado Lyam, que había llegado de Irlanda y que tampoco tenía amigos. Era muy alto, delgado, pelirrojo, con gafas y tenía muchas pecas. Conversamos durante todo el trayecto e hicimos buenas migas.

Al llegar al campamento fuimos con los monitores y nos adjudicaron una cabaña, donde tendríamos que convivir cinco personas durante una semana. Sentí un gran alivio cuando nos anunciaron que Lyam y yo estábamos en la misma. Los otros tres compañeros fueron: Luna, una chica alta, morena y muy deportista; Emma, baja, pálida y muy inteligente; y Luke, el chico más popular del instituto y uno de los que más se metía conmigo. Era alto y rubio, y todas las chicas andaban detrás de él, lo cual nunca entendí ya que lo que Luke tenía de guapo le faltaba de inteligente. Nos dirigimos a nuestras cabañas para depositar nuestro equipaje. Allí Luke me amenazó:

- Prepárate para la peor semana de tu vida.

Los tres primeros días fueron bastante aburridos. En la cabaña, nadie hablaba, excepto Lyam y yo. Incluso Luke se cansó de hacernos la vida imposible. Harto del silencio, se me ocurrió decir lo siguiente:

- Ya sé que no nos llevamos bien, pero aún nos quedan cuatro días conviviendo y esto no puede seguir así. ¿Por qué no nos damos una oportunidad para conocernos mejor?

Hubo un gran silencio.

- Por mi bien -respondieron Luna y Emma.

- De acuerdo, pero que conste que no somos amigos -añadió Luke.

Los días siguientes fueron mucho mejores, pues se oían risas en la cabaña y todos nos empezamos a llevar muy bien.

El último día del viaje nos llevaron al Gran Cañón. Ya en el autobús, Lyam y yo estábamos muy emocionados, ya que había varias leyendas que afirmaban la existencia de un ser terrible que vivía allí, en una cueva, guardando una gema mágica. Una de las leyendas decía que, quien consiguiera derrotar a la criatura y robarle la gema, sería dotado de extraordinarios poderes para toda su vida. Emma, Luke y Luna no se lo creían, pero Lyam y yo queríamos comprobarlo.

Al bajar del autobús, comenzamos a caminar durante horas, hasta que Lyam y yo decidimos que era el momento oportuno para irnos en busca de la criatura sin que los monitores se enterasen. Avisamos a nuestros amigos y nos fuimos sin que nadie se diese cuenta.

- No creo que esto sea buena idea -dijo Emma, nerviosa. Lyam intentó tranquilizarla.

Buscamos en todas las cuevas que vimos, pero no encontramos nada. En el camino fuimos recogiendo palos y piedras para derrotar a la criatura. A punto de rendirnos, escuchamos unos fuertes rugidos. Decidimos seguir el sonido, hasta que llegamos a una cueva mucho más grande y oscura que las anteriores. Lo que vimos allí nos dejó asombrados: había un ser del tamaño de dos elefantes juntos, cubierto de una gruesa capa de pelo negro y unas garras enormes; tenía dos cabezas y unos colmillos que asustaban, además de dos alas como las de un murciélago, pero mucho más grandes. Aterrorizado, Luke intentó irse corriendo, pero el resto lo detuvimos.

- No creo que los objetos que hemos recogido en el camino sean lo suficientemente fuertes como para derrotar a esa bestia -dijo Lyam. Tenemos que pensar otro plan.

De pronto, Luke, que hasta ese momento había permanecido en silencio, preguntó:

- ¿Chicos, esa cosa que brilla detrás de la bestia es la gema que buscamos, o yo estoy alucinando?

Detrás de la criatura se veía un deslumbrante brillo rojo.

- ¡Sí que es la gema! -exclamó Luna emocionada. Pero ¿cómo vamos a conseguirla sin vencer a este monstruo?

Emma, que era muy lista, tuvo una gran idea:

- Dicen que la música amansa a las fieras. A lo mejor podemos entretenerla con una melodía, mientras uno de nosotros roba la gema. Luna, tú cantas muy bien. -Ella estaba de acuerdo en cantar-. Entró muy lentamente hacia donde estaba la bestia y comenzó a cantarle una dulce y suave melodía. Los ojos de la criatura comenzaron a cerrarse lentamente, hasta quedar profundamente dormida. Mientras tanto, Lyam llegó de forma muy sigilosa hasta donde estaba la gema, pero cuando la agarró para llevársela, el suelo comenzó a temblar y la cueva empezó a derrumbarse. Rápidamente, nos alejamos.

Cuando por fin estuvimos a salvo, comenzamos a discutir sobre quién se quedaba la gema, pero, al final, lo único que conseguimos fue romperla.

- Mirad lo que habéis hecho por no admitir que la gema es mía -dijo Lyam.

- Un momento. La gema se ha roto en cinco pedazos. ¿Y si repartimos un pedazo para cada uno? -se me ocurrió decir. Los demás pusieron cara de desagrado, pero no había otra opción.

Nos repartimos los pedazos y volvimos a donde estaban los monitores. Nadie se había percatado de nuestra ausencia y cuando llegamos ya era la hora de irse, así que nos montamos en el autobús rumbo al campamento. Al día siguiente, preparamos el equipaje para volver a Los Ángeles. La gema no nos había otorgado ningún poder.

Pasó una semana desde que habíamos llegado a Los Ángeles y mi vida había cambiado

mucho desde el viaje. Nunca más volví a estar solo, pues tenía a mis nuevos amigos.

Un día, me encontraba muy mal y les pedí a mis padres no ir al instituto. Ellos no me creyeron, así que tuve que ir. En clase de Historia, Luna nos pasó una nota: “Necesito hablar con vosotros” - decía. A las seis quedamos en el parque que hay al lado de mi casa. Cuando llegaron las seis de la tarde, y por fin estábamos los cinco reunidos, Luna comenzó a hablar:

- Estos días he tenido mucho malestar y me están empezando a salir manchas como las de un guepardo. -Se apartó el pelo y en su cuello vimos las manchas.

- A mí me pasó algo similar -exclamó Lyam. Últimamente mi madre dice que estoy muy raro e incluso he empezado a devorar la comida de mi perro.

Le miramos extrañados. ¡Parecía que todos -incluidos Emma, Luke y yo- estábamos mutando!

- Creo que ya sé lo que está pasando aquí. Esto es cosa de la gema, que nos ha atribuido el poder de un animal: al parecer yo soy un pájaro, Luke un tiburón, Luna un guepardo, Luke un perro y Mike un león. Supongo que tendremos que ir descubriendo qué poderes hemos adquirido -dijo Emma.

Después de un mes, cada uno ya controlaba sus poderes perfectamente y sabía cómo transformarse en su animal cuando quisiera. Emma podía volar, Luke era un nadador nato, Lyam tenía un gran olfato y oído, Luna era muy veloz y yo tenía una gran fuerza.

Un día se nos ocurrió aprovechar nuestras nuevas habilidades y crear un club de superhéroes para combatir el mal. Mantuvimos nuestras identidades en secreto y le pusimos un nombre al club: “Los Animales Defensores”. Quedábamos todas las tardes, y al cabo de un mes toda la ciudad nos conocía. El club no solo nos sirvió para ayudar a los ciudadanos de Los Ángeles, sino que también para reforzar la amistad que había entre nosotros.

Y aquí acaba esta fantástica historia. Sin duda, no me arrepiento de haber ido a aquella excursión, que cambió mi vida por completo.

María José 2º ESO D.